

Stoa

Vol. 7, no. 13, 2016, pp. 37-52

ISSN 2007-1868

EL FIN DE LA CIUDAD

JUAN CARLOS MORENO ROMO

Facultad de Filosofía

Universidad Autónoma de Querétaro

juancarlosmorenoromo@yahoo.com.mx

RESUMEN: No es a los sitios arqueológicos adonde debemos ir a contemplar las ruinas de la ciudad; la mayor parte de los seres humanos vivimos el día de hoy exiliados, o encerrados en ellas. Las más de nuestras ciudades son, por toda esa especie de tumor que les crece a todas, por todas partes, feas e inhóspitas: les falla el “arte de la ciudad”. Y la propia “lógica de la ciudad” deja a su vez de operar en la disolución, o en la perversión del ágora, y esto se vuelve en nuestros días un mal verdaderamente global: pareciera que estuviésemos asistiendo al fin de la ciudad.

PALABRAS CLAVE: Ciudad · ágora · arte de la ciudad · lógica de la ciudad · paseo · política · vigilancia

ABSTRACT: It is not to archeological sites that we should go in order to contemplate the ruins of cities; most human beings today live exiled, or imprisoned, within them. The majority of our cities are, because of the kind of tumor that grows on all of them, everywhere, ugly and inhospitable: the “art of the city” fails them. And at the same time, the “logic of the city” itself stops operating in the dissolution, or in the perversion of the agora, which becomes in our times a true global evil: it would seem that we are attending the end of the city.

KEYWORDS: City · Agora · Art of the City · Logic of the City · Strolling · Policy · Vigilance

*La ville n'a pas toujours été, elle ne sera pas toujours,
elle n'est peut-être déjà plus.*

Jean-Luc Nancy, *La ville au loin*, 2011.

*La civilización no está ahí, no se sostiene a sí misma.
Es artefacto y requiere un artista o artesano.*

José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, 1930.

1. Tras doscientos años de progreso

Tiene sin duda, el México moderno, muchas cosas que la Nueva España nunca tuvo. Tiene precisamente los “adelantos”, los “progresos” de la inexorable, de la imparable Modernidad. Tiene por ejemplo vías, y medios de comunicación mucho más rápidos que los que se tenían antes, y produce y comercia desde luego mucho más. Y los mexicanos somos muchos, muchísimos más que lo que nunca llegaron a ser nuestros tatarabuelos los novohispanos, y los “expertos” nos dicen que la ciencia nos ha hecho más sanos —puesta desde luego entre paréntesis nuestra epidemia de sedentarismo, y de obesidad—, y todo parece indicar que somos ciertamente más altos —aunque no estoy seguro de que también seamos más recios, o más fuertes, ni de que en verdad vivamos mejor.

Ellos eran, todo el mundo lo sabe, una “colonia”, y nosotros somos —eso nos lo repiten incesantemente desde niños— orgullosamente independientes. Es más, de “país en vías de desarrollo” hemos ascendido ya al rango de “país emergente”, y hasta figuramos en el Grupo de los Veinte por nuestro propio “peso económico”. Nuestro Producto Interno Bruto, en suma, el muy bruto a nosotros nos colocaría en un mejor lugar que a nuestros ancestros en los hoy tan famosos —y tan descarados— “indicadores”, y eso al buen entendedor lo que le indica es que nosotros somos harto más rentables. En verdad: ¡Cómo progresa este país!

Hoy sabemos de sobra, y por experiencia y no sólo por reflexión, o por previsión como pudieron saberlo incluso los novohispanos, que la Modernidad no trae consigo nada más que progresos y que sus progresos mismos no son tan inequívocos como a primera vista nos pudieran parecer.

Estamos conmemorando ya los cien años del inicio de la Gran Guerra, después conocida como Primera Guerra Mundial, en la que los “progresos de la civilización” arrojaron a millones de hombres a las fauces del mismísimo “infierno terrenal” (a los oficiales franceses, por ejemplo —a Peguy entre ellos—, a quienes el “harto anacrónico” honor los obligaba a avanzar de pie ante la metralla de los enemigos). Aquello fue, escribe Georges Bensoussan, “la preparación metódica, por parte de los aparatos de Estado, de una guerra de aniquilación del adversario” (Bensoussan, 2006, p. 58). Darwin estaba de moda, y lo de considerarse los hombres como parte enteramente integrante del “civilizado” reino animal, en el que la sacrosanta “selección natural” —a la que hasta el ateote de Nietzsche le rendía culto— estipulaba que sólo habían de sobrevivir los más fuertes.

Y sabemos que la Segunda Guerra Mundial progresó horrores en el horror, en la archicivilizada Europa con los bombardeos de las ciudades —muchas de las cuales fueron completamente arrasadas— y con los campos de la muerte sobre todo, que fueron verdaderas “fábricas de cadáveres” a gran escala (altamente “competitivas” ellas, de Auschwitz al Gulag); y en los Estados Unidos de América con la bomba atómica, que destruyó, en un alarde de fuerza, y de ciencia y de tecnología, a las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

Y amén del mal “directo” que el hombre es cada vez más “tecnológicamente” capaz de hacerle al hombre —amén de los drones, ahora, que matan a control remoto, y a una distancia que deja enteramente muda a la epifanía, que diría Levinas, del rostro del otro—, está el mal que el “imparable progreso” le hace al medio ambiente, y al hombre mismo en él. El triunfalista “fin de la historia”, he escrito en otra parte (y a mi *Filosofía del arrabal II* remito al lector interesado en ese asunto) se da de bruces contra el inminente “fin de la naturaleza”, y el fin de nuestras libertades ciudadanas no anda lejos, en esta época marcada por el *Patriot Act* estadounidense, y por sus respectivas réplicas en los demás países, como el nuestro “independientes y democráticos”.¹

¹ Esto no se puede citar citándose a la moda esa impuesta por los psicólogos gringos, tan empobrecedora. Permítame el lector entonces que, a la antiçuita, lo remita a mi libro *¿Que nosotros no tenemos ni historia ni filosofía? Filosofía del arrabal II*, en preparación para la editorial Anthropos, de Barcelona.

2. Del centro a la periferia

Si hay un terreno en el que el México moderno es manifiestamente inferior a la Nueva España, ese es el terreno de la ciudad. Los sitios arqueológicos no son, en nuestro ya no tan pintoresco país, las verdaderas ruinas de la ciudad propiamente dicha. Lo es mucho más la propia ciudad de México, en primerísimo lugar, con su centro abandonado, y vuelto —excepción hecha de la harto comercial y populosa calle Madero, y de algunos edificios escogidos como la catedral, el Palacio Nacional, o los hoteles de muchas estrellas— una recóndita, y harto descuidada periferia (o un *bidonville*, como veremos en seguida).

Da pesar recorrer esas calles de la que otrora fuera conocida como la “Ciudad de los Palacios”, y ver cómo sus palacios, o sus casas señoriales —que están en un abandono casi total, ocultas por la mugre, o por la falta de mantenimiento, y por los harto vulgares comercios de los primeros pisos—, son presa, es duro decirlo, pero es así, de la barbarie manifiesta del conjunto de sus ocupantes, que los tratan como en cualquiera de las infinitas calles y callejuelas de esa inmensa megalópolis tratan los improvisados comercios de esto y de lo otro a esas construcciones, feas de suyo —de cemento y tabicón, y loza de concreto, hechos por los albañiles solos—, que son su exacto equivalente arquitectónico.

Y en seguida le preciso, al lector apresurado, que al hablar de barbarie desde luego no me refiero a las personas singulares que viven en esa que por cierto es la ciudad en que nací, y que son por lo general, por darles un muy significativo ejemplo, harto más educadas que algunas de las que se encuentra uno en algunos de los más hermosos establecimientos de la todavía muy hermosa ciudad de París. Me refiero, insisto en ello, *al conjunto que conforman*, que desde el punto de vista urbanístico resulta —por favor no se ofendan, o por lo menos no lo tomen como algo personal— verdaderamente lamentable, y bárbaro. Cuando al inicio del *Simposio* Agatón dice a sus invitados estar más interesado por lo que ellos piensan que por la opinión de la turba que lo acaba de aclamar, en el teatro, Sócrates le recuerda que todos ellos formaban parte de esa turba. Y con Serrat podemos recordar aquello de “conozco a esos plebeyos, soy uno de ellos”, y así queda aclarado este importante punto (de *historia* más que de *intrahistoria*, cabría decir, también, con Unamuno).

El México moderno, y el contemporáneo —prosigamos— son notablemente inferiores a la Nueva España en lo que se refiere —esto lo podemos decir con Ortega, y con Nancy también— al “arte de la ciudad”. En el terreno de la arquitectura, insistimos, esto es de sobra manifiesto. En doscientos años de historia el México moderno no ha hecho nada que merezca ser comparado con lo que la Nueva España construyó, en las ciudades y en los pueblos, y hasta en los lugares más recónditos de su muy basta geografía. Y lo que queda de valioso aún, sobre todo en nuestras ciudades, es lo que nuestra “moderna barbarie” no ha tenido tiempo todavía de destruir.²

Otrora orgullo de este continente, la ciudad de México es ahora un inmenso laberinto de basura y de mugre, y de ruido, y de fealdad, y de todo tipo de mercancías expuestas a la vista de los automovilistas, y ante todo de ensordecedores anuncios publicitarios, por no hablar de los depredadores que asechan en ella, tanto por fuera como por dentro del poder. Lo que Jean-Luc Nancy escribió en 1987, en “Au loin. . . Los Ángeles”, a propósito de lo que el filósofo habitante de la bella y medieval, y también moderna —y bellamente moderna— Estrasburgo se encontró al pasar, viniendo de los Estados Unidos, la frontera mexicana, se puede decir también —*hélas!*— de la antigua Ciudad de Los Palacios:

“Eso —he dicho, en Tijuana (Moreno Romo, 2013, p. 91), que escribe Nancy muy verosímilmente a propósito de Tijuana— [eso] no pertenece ya a ninguna lógica de la ciudad, así fuese ésta [una lógica] dialéctica o negativa. Eso es la inhabitación: no el desierto, sino al contrario la destrucción y la expulsión vueltas ellas mismas parodias de lugares. No es la insignificancia, es un exceso de signos, que la palabra *bidonville* [la ‘panza’, o la ‘obesidad’ más bien, de la ciudad] resume, y que no significa otra cosa que la devastación y la deslocalización del lugar” (Nancy, 2011, p. 25).

La ciudad “americana” de Los Ángeles —poblada por cierto por millones de mexicanos— le inspira al europeo Jean-Luc Nancy sus muy sugerentes y reveladoras reflexiones sobre el rebasamiento de la ciu-

² En el capítulo II de *La resistencia*, Ernesto Sábato nos habla de “la antigua ciudad de Salta, tan hermosa en otro tiempo, hoy casi irreconocible, plagada de letreros y de edificios modernos que han roto la belleza de sus calles coloniales” (esto está en la página 43 de la edición especial hecha para La Nación, en Buenos Aires, el año de 2006).

dad, y sobre el movimiento de avanzada de la misma, digamos, que en las muy grandes ciudades, que en Europa no se estilan, se está llevando a cabo, por ejemplo “en Los Ángeles, donde se habría venido a disolver, a estirarse al extremo o incluso a resquebrajarse, pero no a suprimirse, la idea, la imagen de la ciudad” (Nancy, 2011, p. 13).

Pero eso, que en nuestro presente general o más amplio marca el desafío primero de la ciudad, que es el de su futuro, y su superación, que parece que es inevitable —el de la ciudad que se rebasa a ella misma perdiendo sus límites, rurbanizando el campo, y fundiéndose incluso, en una red planetaria, con las otras ciudades—, eso se detiene en la frontera con nuestro bicentenariamente moderno país en el desparramamiento de Tijuana que se prolonga, hacia el sur, en lo que bien podría llamarse la “tijuanaización” de la ciudad de México, o el “achilangamiento” también, en muchos casos, del resto de nuestras ciudades.

3. Calles y casas

Escribe Jean-Luc Nancy, en “La ciudad a lo lejos” (que es un ensayo de 1999), que “la ciudad es ante todo una circulación, un transporte, una carrera, una movilidad, un empuje, una vibración” (Nancy, 2011, p. 34), y que no son las casas las que la componen, sino los lugares de tránsito y de encuentro (o de encuentro transitorio, y hasta de “inminencias de relación”, como observa en otra parte [Nancy & Moreno Romo, 2013, p. 192]), es decir “la calle, la plaza, la avenida, el boulevard o el pasaje, el tranvía o el metro, el puente, el vapor, el funicular” (Nancy, 2011, p. 33).

Reflexiona Alejandro Rossi, en la ciudad de México (en 1978 si no me equivoco, en el capítulo “Calles y casas” del *Manual del distraído*), sobre su departamento de clasemediero diseñado —si lo fue— para otra ciudad. “Mi casa exige —escribe— una ciudad distinta” (Rossi, 2004, p. 50). Su departamento, constata, como tantos otros, por su posición en la ciudad lo aísla de quien no debe, y por lo delgado de sus paredes no lo aísla de quien debe, y ni siquiera puede abrirle las ventanas, que no dan más que a sábanas, a toallas, y a antenas de televisión.

“La ciudad se dibuja a lo lejos —escribirá Nancy un poco más tarde—, contorno de techos, de torres, de flechas y de cúpulas, red de luces,

vapor en el cielo: la idea de un lugar, de un nombre, de una manera de habitar y de pasar.” (Nancy, 2011, p. 11).

Yo tuve, en Montrouge, en los arrabales de París, un departamentito —un studio, como ahí les llaman—, una de cuyas ventanas daba a la lejana torre Eiffel, de la que alcanzábamos a ver la parte superior. Y desde Montrouge nos íbamos de paseo, a pie, hasta el centro de París (a la Sorbona las más de las veces, o a la librería Vrin, o a las otras, que quedaban de camino, o a las estupendas mermeladas, y a la crema de nuez de la tienda de l’Artisanat Monastique, cerca del hospital de saint-Vincent de Paul, o a Notre Dame, o a donde la propia ciudad nos llevara). En Estrasburgo nunca tuve, como me habría gustado, un departamento con vistas a la flecha de la catedral, que fue siempre mi norte en mis paseos por aquel hermoso laberinto (Moreno Romo, 2002, p. vii). Los tuve, eso sí, con vistas muy interpeladoras, y muy de ciudad, en el sentido que Nancy le da a la palabra. Y en la rue de Rome en especial, frente a mi ventana, desde los autobuses que traían y se llevaban a los estudiantes, hasta las espectaculares hojas de los plátanos, que marcaban tan bien el ritmo de las estaciones, la ciudad aquella no paraba de pasar.

A Alejandro Rossi, en su departamento mal diseñado de la ciudad de México, sus amigos le quedaban demasiado lejos, y sus vecinos demasiado cerca. Añoraba la cercanía de trato que sólo puede darle un pueblito, o una ciudad pequeña, y los encuentros con los amigos se veía forzado a planearlos, agenda de por medio, a la europea. Y no se resignaba —yo tampoco lo hago— al teléfono. Y la ciudad no se le dibujaba como tal a través de su impráctica y prosaica ventana (la incómodamente prosaica ventana de un poeta). En su calle tampoco se encontraba, propiamente hablando, con la ciudad:

La recorro porque tengo ganas de caminar, porque me gusta mover las piernas, porque me siento nervioso, porque estoy harto de estar sentado en un sillón. La uso como si fuera una pista de atletismo o un aparato de gimnasia. No hay otra justificación para esos paseos. Es una calle que sin ser un laberinto no me lleva a ningún sitio: nadie vive cerca y el trabajo queda demasiado lejos para ir a pie (Rossi, 2004, p. 54).

En Estrasburgo o en París, como en muchas otras ciudades europeas —como en la espléndida Florencia, en la que Rossi vio la primera

luz—, como en Sevilla al refrescar la noche, en el verano, y al soltar los azahares todo su perfume, o como en Barcelona —la de las Ramblas, y la de las callejuelas del centro— o en el Madrid de la plaza Mayor, de la Puerta del Sol y de la Gran Vía —lo mismo que en Las Palmas, en la isla de Gran Canaria, en el paseo de Las Canteras o en la larguísima calle peatonal de Triana, que muy bien harían en imitar en muchas de nuestras ciudades (en la de Santiago de Querétaro, por ejemplo, en la que sería toda una revolución urbanística el que se volviera parcial o enteramente peatonal la avenida que flanquea el monumental acueducto)—, la ciudad es, como también escribió Nancy en 2010, en el ensayo “Un art de la ville”, una invitación a caminar despacio y sin rumbo fijo, disfrutando de la propia ciudad.

“El paseo —escribe el filósofo francés— es el arte más consumado de la ciudad. El cuerpo del paseante está liberado, encarrerado sin estar a la carrera, pasajero, deslastrado de metas y de proveniencias, curioso sin interés, atento sin tensión, disponible a los encuentros, a los simples cruces, a los signos evasivos.” (Nancy, 2011, p. 121).

En la ciudad de México, a inicios del último tercio del pasado siglo xx —apenas unos años antes de mi “vuelta” a ella, cuando me fui a estudiar filosofía a Acatlán, y a vivir nada menos que al otro extremo de la inmensa periferia mexiquense de nuestra monstruosa capital—, a Alejandro Rossi no le daban esas ganas de ciudad. Los coches le habían ganado su calle, le habían ganado, en general, la calle a los peatones, y ésta dejaba, y “deja de ser así un espacio humano para convertirse en un tubo por el cual circulamos” (Rossi, 2004, p. 54). Y un tubo, por cierto —como los túneles del metro, o las cápsulas de los peseros, o los interminables recorridos de los Ruta 100, de entonces—, de lo más desagradable.

De manera gradual, sin darnos cuenta casi, hemos renunciado a la calle. No es ya un lugar de convivencia o de encuentros; es, más bien, el precio que pagamos por llegar de una casa a otra. Nos hemos resignado a que sean feas, duras e inhóspitas. Nos parece la consecuencia de un proceso oscuro, vasto e incontrolable. El misterio es el refugio de la indolencia (Rossi, 2004, p. 55).

La devastación de la ciudad de México, entonces, y de las que en el resto del país se entregan a esa misma, absurda deriva, no es tan

sólo estética. Y el arte de la ciudad que en la moderna ciudad de México fracasa —y en Puebla, y en Toluca...— no es tan sólo el de la arquitectura. Fracasa en ella el arte mismo de la ciudad, del que todavía diremos algo en el siguiente apartado. Este lo cierran muy bien, por lo pronto, las palabras con las que concluye el artículo de Alejandro Rossi que venimos comentando:

Un mal poema implica un mal poeta, un relato defectuoso supone un escritor inhábil y un cuadro bobo nos hace siempre pensar en aquel pintor. Una ciudad deshecha remite, por el contrario, a múltiples autores: arquitectos avaros, funcionarios complacientes, especuladores, ciudadanos sumisos y fraccionadores disfrazados de urbanistas. Personajes activos, termitas infatigables que trabajan, roen, desde hace años (Rossi, 2004, p. 55).

4. Los feudos de los señores, y los de los siervos

Las élites —las “élites económicas” por lo menos— han desertado, en México, si no la ciudad, sí las ruinas de ella, y se han ido a instalar —como los *pilgrims* a los fuertes que los protegían de los indios nómadas— a los “claustros” de esto y de aquello, en los que por lo general unas calles limpias y derechitas comunican unas casas más o menos bien construidas, con planos y toda la cosa, con el club, la alberca, y en algunos casos hasta con el campo de golf (pues los ocupantes de esos sitios tienen, todos ellos, unos gustos muy “americanos”).

Y si antes nos acordábamos de su hospital, en París, aquí nos viene a la mente el inicio de *Monsieur Vincent* (Francia, 1947), la estupenda película de Maurice Cloche que nos muestra, en su primera media hora, la llegada de san Vicente de Paul al pueblo de Châtillon, en el que los ricos se habían encerrado todos juntos a gozar “intensamente” de la vida, y los no tan ricos arrojaban piedras desde sus ventanas a quien se atrevía a cruzar las calles, mientras esperaban que muriera la mujer enferma —ellos creían que de la peste— a la que la habían encerrado, en su casa, con su hijita pequeña.

Como el príncipe Próspero del cuento de Poe, también, o como los personajes del *Decamerón*, los mexicanos pudientes se han apartado y han hecho amurallar sus zonas exclusivas, pertrechándose en ellas, y poniéndose a salvo del caos, o del desorden y de la miseria que por

todas partes los circundan, en un mundo que les deja a todos sus muy buenas ganancias, pero que no es *el de ellos*.

La descomposición de la ciudad es, a corto plazo, un negocio estuendo. Y han puesto, los “urbanistas” o los vendedores, más bien, que han ideado esas otras negaciones de la ciudad, que la traicionan como la traicionan los *bidonvilles*, unas casetas de vigilancia —unas como fronteras interiores, si se quiere— para que no se les cuele hasta ahí, si no “la máscara de la muerte roja”, por lo menos sí la ahora tan temida —y tan mentada, sobre todo, y tan famosa, y tan pero tan lucrativa— “inseguridad”.

Nuestros nuevos ricos, que de tanto exponerse a las pantallas, de televisión o de lo que sea, por todas partes ven o apaches o moros con tranchete, viven siempre vigilados y de ese modo se sienten seguros, y de seguro están felices ahora que el ejército y los policías federales fuertemente armados infestan nuestras calles, en una muy grotesca pantomima a la que encima le han llamado “guerra”.

Nuestras “élites” recorren las distancias entre sus refugios y sus negocios, o entre sus casas y las escuelas de sus hijos —que no se mueven solos, los pobrecitos—, o entre sus clubes y los centros comerciales en sus camionetas altas, fuertes y seguras —y a veces hasta feas también— como tanques de guerra. Y si de repente viajan en autobús, los miembros de la élite económica mexicana, están felices cuando a todos los pasajeros se los registra como si se tratase de subirse a un avión, o de entrar a una cárcel. El “otro”, es lo que cada uno de ellos pensará, bien puede ser un ladrón —o un secuestrador, ¡qué horror!— y es mejor, antes incluso que sentirse libres, eso de “estar seguros”.

Y como con los ricos funciona, y como los pobres no tienen otro modelo que el de esos ricos, el Infonavit y algunas voraces constructoras han ideado, en contubernio, unos “claustros de los pobres”, muchos de ellos amurallados también y dotados, cada uno a la medida de sus pobres posibilidades, de sus respectivas “medidas de seguridad”, sobre todo —eso es lo más importante y lo más lamentable— aislados del resto de la población, es decir, separados, cercenados de la ciudad, o de lo que queda de ésta.

La paradoja es evidente, sobre todo si pensamos, en nuestro continente, en la superioridad, muy manifiesta también —hay que concederle eso a Vasconcelos—, que en materia de ciudades ha tenido, la

civilización hispánica, frente a la anglosajona. Y es más evidente aún si, en la historia de Europa, nos remontamos al final de los “siglos oscuros” y al nacimiento o al renacimiento de sus primeras ciudades, muchos siglos después de que cayera Roma, que es el arquetipo occidental de la ciudad, incluso en la tan planeada capital de los Estados Unidos.

Hacia los siglos XIII y XIX se da en Europa una marcada evolución desde una economía esencialmente rural a una ya preponderantemente urbana. “Frente a la autoridad del señor feudal —recuerda Carlos Valverde en su libro *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*— cobran cada vez más poder e influencia las villas y los municipios que empiezan a ser ricos y poderosos y que se permitirán tratar sus asuntos directamente con el rey o con el emperador. La mayor parte de las villas de Inglaterra, Flandes, Alemania o Italia —explica— alcanzan en esta época una autonomía, gracias a las franquicias y privilegios reales, con los que fomentan su industria y su comercio” (Valverde, 1996, p. 3).

Y todo eso va acompañado de una evolución en el concepto de soberanía y de autoridad, que por lo pronto llevará a los europeos a tomar el relevo de lo que habían sido, en la antigüedad clásica, las ciudades de Atenas, o de Roma. “El burgo —observa Nancy— es la figura moderna de la ciudad [*cité* en francés, del latín *civitas*] antigua, exceptuado el esclavismo” (Nancy, 2011, p. 57). En ese momento clave de nuestra historia, y de la historia de la humanidad, prosigue Valverde, “la autoridad feudal que podríamos llamar patrimonial declina hacia una cierta forma de soberanía colectiva, una soberanía formada por un cuerpo al que se subordinan individuos y colectividades. Algunos propugnan audazmente, ya entonces —subraya el profesor emérito de la Universidad Pontificia Comillas—, que el soberano no sería sino un árbitro elegido, pero, en cualquier caso, el cuerpo social toma por primera vez conciencia de su importancia política” (Valverde, 1996, p. 3).

Y eso que entonces se ganó, es precisamente lo que ahora se pierde. Mientras en el dividido, simple, pobre y autárquico campo de los tiempos feudales habían siervos y señores, en la ciudad se construyó entonces un espacio para hombres libres, y ese es el espacio, hay que subrayarlo muy bien —pues ese es también el arte, esencial, de la ciudad—, de la política. No el de las empresas constructoras, ni el de los clubes,

o los centros comerciales, ni tampoco el de los seguros y demás —¿no es así como se define toda mafia?— “vendedores de seguridad”.

5. Ciudad y ciudadanos

La ciudad, en su sentido estricto, es pues la *civitas*, o si se quiere hablar en griego la *polis*. Y una *civitas* es algo más que un gran conjunto de casas y calles o de callejuelas entre ellas. Y también es algo más que un gran palacio o que un impresionante centro ceremonial. Por esa razón, observa Ortega en una nota a pie de página, en el capítulo xiv de *La rebelión de las masas*, “los romanos no se resolvieron nunca a llamar ciudades a las poblaciones de los bárbaros, por muy denso que fuese el caserío” (Ortega y Gasset, 1983, p. 155, n.).

Y en ese mismo, imprescindible libro nos explica Ortega, esta vez en el primer tercio del pasado siglo, lo que es la ciudad; esa forma de vivir los unos con los otros que heredamos de los griegos y de los romanos, a través de los españoles, y que en dos siglos de independencia, al parecer, a fuerza justamente de “patrimonialismo” —el del “ogro filantrópico” primero, y el de las neoliberales “privatizaciones” luego—, la hemos arruinado.

La ciudad —anotémoslo muy bien— es indisoluble de la política, entendida ésta en su sentido noble y original. La ciudad es el lugar en el que los ciudadanos nos ocupamos, juntos, de los asuntos que a todos nos conciernen —el primero de los cuales, diría Nancy, es nada menos que el del sentido ese que, dice él, lo conformamos entre todos, al punto de que, privados de sentido, “nosotros mismos somos el sentido, enteramente, sin reserva, infinitamente, sin otro sentido que ‘nosotros’” (Nancy, 2013, p. 19).

Rota, o rebasada, por la razón que fuere, la “comunidad” primordial de los pueblos primitivos —y a los que, ante el achilangamiento de nuestras ciudades buscan, nostálgicos, entelequias tales como la “que-retanidad”, esto debería de hacerlos recapacitar—, la ciudad nace de la necesidad que surge, en unos hombres que comparten un tiempo y un espacio, de inventarse un sucedáneo de la vieja, arcaica y mítica “comunidad”. “Una ciudad debe ser —escribe Nancy— un artista del vivir juntos: es con ese objetivo que se funda, se construye y se organiza” (Nancy, 2011, p. 104).

Y es la común tarea, asumida por todos, de hacerse cargo de esa necesidad común, es la política la que hace el alma de la ciudad. De la ciudad podemos dar, bromea Ortega, la definición que se ha dado del cañón, como un agujero rodeado de alambre muy bien apretado.

“Pues lo mismo —escribe el filósofo español—, la urbe o *polis* comienza por ser un hueco: el foro, el ágora; y todo lo demás es pretexto para asegurar ese hueco, para delimitar su dintorno. La *polis* no es primordialmente un conjunto de casas habitables, sino un lugar de ayuntamiento civil, un espacio acotado para funciones públicas. La urbe no está hecha, como la cabaña o el *domus*, para cobijarse de la intemperie y engendrar, que son menesteres privados y familiares, sino para discutir sobre la cosa pública” (Ortega y Gasset, 1983, p. 146).

6. Poder y prisioneros

Lo de todos, desde el principio, despierta la codicia de los unos (unos que, diría Unamuno, ni siquiera temen dar lugar, por sus ambiciones, a la invasión de los Hunos). Los sofistas pervierten, ya en el ágora de las ciudades-Estado griegas, el *logos* de los ciudadanos, y es por eso que el filósofo los debe combatir, y su combate, alega Sócrates en su apología, es nada menos que un combate por la ciudad. La escritura, y los discursos que ella suscitó, fueron invenciones tecnológicas que, en su momento —el Fedro de Platón nos lo plantea, y la aguda lectura de Jacques Derrida o de Antonio Marino nos lo recuerda de manera por demás reveladora— desafiaron a la democracia ateniense. Entre el burgo y la imprenta hubo también una compleja tensión y la política moderna tuvo un gran romance —que parece que se acaba justo ahora— con la prensa.

En la época de la “rebelión de las masas”, la de esas aglomeraciones que, primero en Europa, llevaron hartos más allá de sus primeros goznes a esa gran invención humana, y política, que había sido la ciudad (y uno de cuyos primeros signos de alarma lo encontramos en aquel cuento de Poe situado en Londres y titulado “El hombre de la multitud”), el ágora fue sustituida, hace un siglo más o menos, principalmente por el cine. En éste, como en los discursos de los sofistas, pero con mucha mayor eficacia esta vez, el pensamiento común o compartido, o la pública deliberación y los argumentos en los que se apoya, sucumbieron a la más amplia eficacia de la emoción de los muchos

controlada por los pocos. Los ciudadanos fueron conducidos y tratados, en ingentes rebaños, como ya sabemos.

El “ágora” de los totalitarismos —si todavía se puede hablar de ágora en esas condiciones, pero más bien no, eso no es ya un ágora, sino su falsificación—, el espacio “común”, o el crisol o el molde de amasamiento de esa masa dócil y maleable fue el cine propagandístico. Y el cine de supuesto entretenimiento también fue el sustituto del ágora, y lo sigue siendo al lado de la televisión, y de las novísimas “redes sociales”, de la presunta “democracia liberal”. Una “Democracia Real” —la vencedora, en la Guerra Fría, del “Socialismo Real”—que ahora mismo ajusta sus cuentas con nuestras libertades civiles, lo decíamos ya al inicio de este breve ensayo, con el famoso *Patriot Act* y con sus réplicas, serviles e interesadas, en todo el resto del “mundo libre”.

Entonces resulta que el mal que corroe a nuestras ciudades no es tan sólo un mal mexicano, o que el mal mexicano —de anarquía, en el peor sentido de la palabra— se redobla con un mal mundial o “global”, como hay que decir ahora, en unos tiempos en los que el miedo y el dinero carcomen, como termitas —para decirlo con Alejandro Rossi—, nuestra civilización, o nuestro arte de vivir juntos. Ese mal global es un mal de tiranía, y la tiranía también destruye la ciudad, en cuanto tal. Al ritmo en que nos inoculan esa peste de temer los unos de los otros y de aceptar que vengan y nos vigilen y nos traten como a culpables o por lo menos como a sospechosos, en vez de cómo a ciudadanos, a ese mismo ritmo —que es frenético, por lo demás—, a todos nos transforman en siervos de esos nuevos feudos que los amos del mundo clasifican, de acuerdo a su Producto Interno Bruto o a su rentabilidad, en “países desarrollados” o “emergentes” o poco atractivos para la inversión o para la deslocalización.

Giorgio Agamben escribió en enero pasado (2014), en reacción al *Patriot Act* a la italiana y a la francesa, un importante artículo sobre la amenaza que el chantaje de las medidas que el poder toma “for security reasons” representa para la democracia y para la ciudad y la ciudadanía. “Los procedimientos de excepción —puntualiza Agamben— responden a una amenaza inmediata y real que hay que eliminar suspendiendo por un tiempo limitado las garantías de la ley; las ‘razones de seguridad’ de las que se habla hoy —señala— constituyen por el

contrario una técnica de gobierno normal y permanente” (Agamben, 2014, p. 2).³

El ágora, nuestros gobiernos “liberales y democráticos” nos la están convirtiendo en su estricta negación y al respecto es muy significativo el rol, por ejemplo de nuestra credencial para votar con fotografía y con huella digital, cuyo origen se remite a los dispositivos biométricos que en la Francia del criminólogo Alphonse Bertillon (1853-1914), el inventor del retrato hablado y en la Inglaterra de su admirador y colega Francis Galton (1822-1911), primo de Darwin por cierto y creador de la técnica de control de las huellas digitales, se desarrollaron para llevar un mejor control de los criminales reincidentes (Agamben, 2014, p. 3). PRD y PAN, los dos partidos políticos que supuestamente provocaron nuestra “transición democrática”, frente a la dictablanda del PRI, se disputan, ambos, el progreso “democrático” del fichaje de todos los “ciudadanos” mexicanos y una vez más hay que declarar, con azoro, icaray, cómo progresa este país! Nos recuerda Giorgio Agamben que en los Estados Unidos, todavía en 1943, el Congreso rechazaba el Citizen Identification Act. Hoy ese tremendo mecanismo de control, del que gracias a Dios Hitler no disponía, da un paso más con el desarrollo de la técnica de lectura del iris, y hay quienes hablan ya de un registro de nuestros respectivos ADN.

La video-vigilancia que se ha implementado en nuestras plazas, y en diversos sitios públicos, responde en fin a esa misma lógica, de la que lo menos que se puede decir es que no es, de ningún modo —acotaría Nancy—, la lógica de la ciudad. El ágora, ese espacio que, nos explicaba Ortega, da lugar a la ciudad y a la ciudadanía, es tratado ahora como se trata el patio de las cárceles —o el de los campos de concentración—, que desde antaño contaban ya con una torre de vigilancia. “Un espacio vigilado —puntualiza Giorgio Agamben— ya no es un ágora, ya no tiene ningún carácter público; es una zona gris entre lo público y lo privado, la prisión y el foro” (Agamben, 2014, p. 4).

³ Cito el texto a partir del archivo descargado de Internet, en PDF, y el número de página se refiere al de ese documento impreso. No sé cómo hagan, los psicólogos gringos, para citar este tipo de textos y me da una muy soberana pereza averiguarlo.

Referencias

- Agamben, G., 2014, "Une citoyenneté réduite à des données biométriques. Comment l'obsession sécuritaire fait muter la démocratie", *Le Monde Diplomatique*, no. 718, pp. 22 y 23.
- Bensoussan, G., 2006, *Europe. Une passion génocidaire. Essai d'histoire culturelle*, Mille et Une Nuits, París.
- Nancy, J. L., 2002, *Un pensamiento finito*, Anthropos, Barcelona.
- , 2011, *La ville au loin*, La Phocide, París.
- , 2013, *Être singulier pluriel*, Galilée, París.
- Nancy, J. L. y J. C. Moreno Romo, 2013, "El sentido y la distancia", *Open Insight*, vol. iv, no. 5, pp. 183-211.
- Moreno Romo, J. C., 2002, "Para pensar nuestro presente. Prefacio del traductor", en Jean-Luc Nancy 2002, pp. vii-xxi.
- , 2013, *Filosofía del arrabal*, Anthropos, Barcelona.
- Ortega y Gasset, J., 1983, *La rebelión de las masas*, Orbis, Barcelona.
- Rossi, A., 2004, *Obras reunidas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sábato, E., 2006, *La resistencia*, La Nación, Buenos Aires.
- Valverde, C., 1996, *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, BAC, Madrid.